

Hurgando en fundas de basura en tiempos del COVID-19

Rummaging through garbage cans in the days of COVID-19

Catalina Rivadeneira Suárez¹

RESUMEN

La sindemia provocada por el coronavirus Covid 19 transformó profundamente la idea de relaciones productivas en la sociedad moderna, la obligación a un encierro y el trabajo desde casa tuvieron impactos profundos en las relaciones sociales y económicas de las familias, aumentando la pobreza y sobre todo la desigualdad social. Este artículo utiliza entrevistas etnográficas para describir el trabajo desplegado por un grupo de mujeres que trabajan con el desecho, quienes durante meses y por efecto del encierro obligado no pudieron salir a las calles a realizar su trabajo, recolectar la basura depositada en las calles. Para las mujeres que reciclan basura en la ciudad de Quito, sus espaldas donde cargan los desechos recolectados y sus manos desnudas son sus únicos instrumentos de trabajo, puesto que con ellas hurgan en fundas y contenedores, les llaman minadoras porque acumulan lo que para el común es basura, transformándola en objetos con valor de intercambio. Trabajan con el desecho, lo huelen, lo palpan, se contaminan con los líquidos producidos por su descomposición, con una materialidad que marca su ser, sus identidades, sus experiencias de vida y su salud.

Palabras clave: minadoras, desecho, etnografía, narrativas, sindemia, Covid-19.

ABSTRACT

The syndemic caused by the Covid 19 coronavirus profoundly transformed the idea of productive relationships in modern society, the obligation to lock up and work from home had profound impacts on the social and economic relationships of families, increasing poverty and especially poverty and social inequality. This article uses ethnographic interviews to describe the work carried out by a group of women who work with waste, who for months and due to the forced confinement could not go out to the streets to do their work, collect the garbage deposited in the streets. For the women who recycle garbage in the city of Quito, their backs where they carry the collected waste and their bare hands are their only work instruments, put with them they rummage through bags and containers, they are called miners because they accumulate what for the common is trash, transforming it into objects with exchange value. They work with waste, smell it, feel it, become contaminated with the liquids produced by its decomposition, with a materiality that marks their being, their identities, their life experiences and their health.

Key word: mining people, garbage, ethnography, narratives, sindemia, Covid-19.

Recibido el 28 de junio de 2021. Aceptado el 20 de septiembre de 2021.

1 Doctora en Ciencias Sociales (PhD). Profesora asociada Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-Ecuador. Correspondencia a: catalinarivadeneira@yahoo.com.mx

INTRODUCCIÓN: SINDEMIAS, DESIGUALDAD SOCIAL Y POBREZA

En 1991 Ecuador sufrió una grave epidemia de cólera (*vibrio cholerae*) que infectó a 46.320 personas y provocó 697 muertes, convirtiéndose en una de las enfermedades contagiosas más letales en el anterior siglo.² El cólera se convirtió en una enfermedad de la pobreza, evidenciando la falta de infraestructura sanitaria sobre todo en ambientes rurales, el poco interés de las autoridades de gobierno ante la prevención de enfermedades altamente contagiosas, el desconocimiento epidemiológico de la enfermedad y algo hasta ese momento no estudiado, la inmensa desigualdad social y un racismo solapado que se expresaba en el discurso cotidiano existente en el país, al culpar de la enfermedad a la población indígena a quienes les acusaban de faltos de higiene, costumbres de protección e ignorancia (Trujillo, 1993). Cerca de 30 años después en 2020 otra enfermedad contagiosa, esta última de tipo viral, convulsión al mundo, desnudando nuevamente la brecha de desigualdad social existente en países donde parece no ha cambiado mucho ni en las prácticas, ni en el discurso, ni en las prioridades de sus gobernantes. En tiempos de sindemias³ (2020-2021) como de epidemias (1991), la estructura de un Estado neoliberal se mostró en toda su dimensión, como un modelo económico-político que no entiende la importancia de una salud pública y la democratización de una atención de calidad, evidenciando el colapso de la infraestructura sanitaria debido al poco interés por priorizar la macro economía por encima del bienestar de los ciudadanos (Trujillo, 2020).

En el caso de la ciudad de Quito, desde la etapa colonial, los sujetos asociados con los desechos y la obligación de limpiarlos, según Kingman (2006) fueron los indígenas. Marcando un orden social racializado, puesto que los autos denominados blancos se negaban a contaminarse, es decir, a realizar tareas ajenas a su condición por derechos adquiridos. Eran los indígenas quienes estaban obligados a realizar este trabajo:

Los indígenas de los asentamientos cercanos a Quito y los traídos de las haciendas en calidad de huasicamas, no sólo se ocupaban de la limpieza

de las calles y del cuidado de las acequias, sino del acarreo de agua desde las pilas ubicadas en las plazas hasta las casas, del manejo de los miasmas y el traslado de los muertos y de los enfermos durante las pestes. En esto último, compartían tareas con los indigentes, los presidiarios y los llamados “vagos” (Kingman Garcés 2006, p. 282).

En el Quito republicano, los indígenas continuaron encargados de lidiar con lo impuro, contaminado y sucio tanto en el ámbito privado como en el público: “Inclusive, después de haber sido eliminado el sistema de trabajo subsidiario, la división racial del trabajo continuó reproduciéndose en el seno del Municipio: los antiguos mitayos de la ciudad se convirtieron en los trabajadores municipales encargados de las tareas bajas (Kingman Garcés 2006, p. 279) Los barrenderos de las calles o capariches como se los conoce popularmente, aún son parte de la administración municipal en Quito. Son trabajadores formales, generalmente varones, de la Empresa Municipal de Aseo de la ciudad, encargados de recoger con escoba y pala, la pequeña basura arrojada por los ciudadanos en las calles y plazas (Almeida, 2013). Otros trabajadores de la misma empresa, también varones, se encargan de recoger en grandes camiones las fundas y otros contenedores de desechos producidos por los hogares, empresas e industrias (Rivadeneira, 2021).

Sin embargo, en el Quito contemporáneo, son las minadoras, quienes se movilizan por amplios sectores de la ciudad buscando materiales reciclables y cuya principal actividad es hurgar en bolsas y contenedores de basura desechados por los ciudadanos de la urbe para rescatar de allí algún objeto que tenga, ya sea valor de uso, o de cambio, en condiciones de informalidad y precariedad laboral. La relación minadoras-trabajo se produce en un contexto en el que las formas de acumulación del capitalismo global configuran entornos de alta explotación y precariedad laboral.

Trabajan con objetos cuyo sentido ha caído y, por lo tanto, dejan de ser algo concreto y son parte del genérico “basura” que ofende, que avergüenza el orden que le damos a las cosas del mundo. En medio de la basura las minadoras dan sentido a sus vidas en un mundo en el que el trabajo se ha convertido en uno de los ejes sobre los que se

2 Ver David Brandling-Bennett, Marlo Eibel y Américo Miglioni (1994), el cólera en las Américas en 1991 (OPS, Washington D.C.)

3 El presente artículo utilizará el concepto de sindemia producido por el antropólogo médico Merryl Singer (2009) que relaciona el entendimiento de las enfermedades con los impactos sociales, económicos. El caso del coronavirus COVID-19 grafica claramente como una sindemia impacta en la salud de las poblaciones más allá de lo biológico en el aumento de las desigualdades y pobreza como ha sido el caso del Ecuador y del mundo.

estructuran sus relaciones materiales y simbólicas. Para las minadoras, sus únicos instrumentos de trabajo son sus manos desnudas con las que hurgan en la basura y sus espaldas, en las que cargan los objetos encontrados. Las minadoras transforman lo que para el común es basura en objetos que aún conservan valor sin tener que pagar por ellos, allí radica su principal estrategia económica. Trabajan con el desecho, lo huelen, lo palpan, se contaminan con los líquidos producidos por su descomposición, lo que marca su ser, sus identidades, sus experiencias de vida y en las actuales circunstancias una potencial contaminación con el virus (Rivadeneira, 2020).

Es así, que el manejo de la basura está atravesado por categorías de raza, clase, género y ecológicas o ambientales, por lo que indígenas, mujeres, así como desechos y quebradas se conformaron en las partes fundamentales del ordenamiento tanto espacial como social, de protección y de higiene en la ciudad de Quito.

METODOLOGÍA: ETNOGRAFÍA DEL TRABAJO CON LA BASURA EN TIEMPOS DE SINDEMIA

Este artículo presenta resultados etnográficos⁴ que se adentran en las subjetividades de las minadoras de Quito. Describe cómo estas personas construyen sus sentidos en medio de la basura en tiempos de una grave sindemia provocada por el coronavirus Covid-19. El análisis de sus vidas cotidianas, a través de relatos sobre sus realidades, dan un sentido a su existencia que en ocasiones encarna las férreas estructuras de dominación e inequidad en las que están inmersas y que pocas veces las cuestionan ¿Cómo las minadoras producen esos sentidos de vida en la sindemia del COVID 19? nos preguntamos ¿cómo se desarrollaron las actividades de las mujeres que trabajan en el reciclaje, que trabajan recolectando basura? Para responder estas preguntas, se utilizará el acercamiento teórico que propone la antropología existencial, en especial la posición del *everyday life* o del *life world* que adopta el antropólogo Michael Jackson (2005), quien mira la producción de la vida y de los sentidos como una lucha por el ser, una lucha que no consiste simplemente en un esfuerzo de auto-realización, sino en el resultado dinámico de una relación entre las circunstancias sobre las que se tiene poco control y las capacidad

de vivir esas circunstancias de manera propia (Jackson 2005).

Por más de un año la implementación de cuarentenas, encierros obligados, trabajo en casa, cambiaron las percepciones e imaginarios de lo que se representaba como realidad y colapsaron las relaciones económicas, las ciudades experimentaron una paralización total. En esas nuevas condiciones sociales y productivas tienen que trabajar a más de proteger su salud las mujeres minadoras.

RESULTADOS: TRABAJAR OLIENDO, TOCANDO EL DESECHO

La precariedad en la que desarrollan su trabajo las minadoras, se refleja en varios niveles: bajísimas remuneraciones, ausencia de un seguro de pensiones y de salud y condiciones de trabajo que las expone directamente a los desechos de los otros, pues con sus manos desnudas deben hurgar entre la basura, lo que implica riesgo de cortes, contacto con sustancias peligrosas, materiales en descomposición, virus, bacterias, etc.

Ana, la minadora relata sobre su vulnerabilidad. Le pregunté, si no le habría gustado tener otro trabajo, uno con más garantías sociales. Ana, después de pensarlo un poco, me dijo que si habría sido bueno porque ella ahora ve como otros tienen seguro social y seguro médico, en cambio ella no tiene nada. “Cuando sea mayor me tocará vivir arrimada de mis hijos” me dijo. Ahora que han pasado los años para Ana, se da cuenta de la vulnerabilidad que representa no tener un seguro de pensiones y de salud que le permita afrontar sus años de vejez en los que sus facultades para trabajar se vean disminuidas. Tantos años de trabajar en el minado han afectado la salud de Ana. Lo que más le molesta son las rodillas. Al ir al centro de salud la doctora le inyectó “neurobión”. La medicina le había hecho muy bien, pero para mejorarse completamente la doctora le recomendó que no camine mucho, que no suba gradas, que no alce cosas pesadas, etc., etc., lo que para Ana es imposible, pues ese es precisamente su trabajo: caminar y cargar. En este último tiempo a sus males de salud se suma el peligro del contagio de la COVID 19. Me cuenta que pasó encerrada en su casa por algunos meses al principio de la pandemia, pero que se vio obligada a salir por falta de dinero, aunque actualmente la gente no bota materiales

4 El presente artículo toma información y resultados de la investigación doctoral: Con las manos en la basura. Rivadeneira Catalina (2020) FLACSO-Ecuador.

reciclables como antes, especialmente cartón y papel, aún la actividad le proporciona algo de recursos para su sobrevivencia. La recomendación que le dan a Ana en tiempo de sindemia es que no salga de casa para manipular la basura, pero tampoco eso es posible para Ana. Después del inicio de la pandemia volvió a verla cubierta apenas la boca con una bufanda, contenta de volver a las calles para minar.

Trabajar con la basura perturba las identidades de las minadoras. Muchas de ellas perciben con vergüenza el trabajo del reciclaje. Sin embargo, gracias a los esfuerzos del llamado “reciclaje inclusivo”, un movimiento llevado adelante por Estado, organismos multilaterales y ONGs, que intenta dignificar simbólicamente el trabajo de las minadoras, algunas de ellas, son capaces de re-construir sus identidades mediante la dignificación de su actividad, (Rivadeneira, 2020). Estas estrategias de dignificación, sin embargo, dejan de lado la basura que, entre otras cosas, las expone al contagio de enfermedades como la COVID-19. Estas estructuras simbólicas que intentan resignificar y dignificar el trabajo de las minadoras, se armonizan con las modalidades de explotación del trabajo en el capitalismo contemporáneo que promueve el trabajo a cualquier precio.

Álvarez (2011) hace un acercamiento crítico al proceso de recuperación de basura desde la perspectiva de las relaciones sociales. La basura, dice Álvarez, son aquellos materiales que los propietarios tiran cuando consideran que ya no tienen valor, pero desde la perspectiva de su posición social. Para sujetos ubicados en otra posición en la estructura social, los materiales pueden conservar valor, tanto de uso como de cambio, por lo que la estimación de su valor no es unitaria, pues depende de la posición de los sujetos en la estructura de clases de la sociedad (Álvarez 2011, 84). Para este autor el acto de recolectar materiales de la basura tirada por las otras clases sociales implica reproducir la diferencia de clases y la desigualdad social. Sin embargo, parece ser más importante para él, resaltar el hecho de que sujetos excluidos puedan apropiarse del valor que les resta a los objetos desechados por las otras clases sociales por fuera de relaciones capitalistas, llegando a hablar del derecho a la recuperación de basura.

Para Álvarez, la actividad del reciclaje es una forma de luchar contra la propiedad, es una forma de resistencia en la que las personas sacan valor de la nada para sobrevivir. Este autor sobredimensiona el plano simbólico y se queda en consideraciones acerca del valor social que se asigna a los objetos,

ignorando lo que supone trabajar con la materialidad de la basura dentro de los nuevos regímenes de acumulación de capitalismo global que implican explotación y precarización del trabajo.

Al examinar las estructuras simbólicas sobre las que se desarrolla la vida de las minadoras para comprender los entornos en los que ellas experimentan su ser, encontramos la propuesta de Mary Douglas (1973) en la que se enfatiza el carácter simbólico de la suciedad asociada con el desecho:

La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un temor pusilánime y menos aún por espanto o terror religioso. Tampoco nuestras ideas sobre la enfermedad dan cuenta del alcance de nuestro comportamiento al limpiar o evitar la suciedad. La suciedad ofende el orden, su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno (Douglas 1973).

Desde la perspectiva de Douglas, existe un orden simbólico que asigna un lugar a los objetos del mundo y a las personas relacionadas con ellos. En ese orden, la basura o el desecho están fuera y existen determinados sujetos, que para el caso de la ciudad de Quito son mayoritariamente mujeres pobres, que han de lidiar con ese desorden.

En el desorden de la basura las minadoras construyen sus experiencias, sin embargo, existe un problema cuando se piensa que esas experiencias son vividas por individuos dados, por sujetos cognoscentes que en su vida cotidiana observan los eventos o que reaccionan ante influencias externas. Estas posiciones no se preguntan sobre cómo se producen las concepciones del yo de los sujetos y de sus identidades, sino que hacen de los individuos el punto de partida del conocimiento, naturalizando categorías como hombre, mujer, negro, blanco, heterosexual, etc., en suma, no se preguntan acerca de los procesos de constitución de los sujetos (Scott 1992, p. 27).

La experiencia para Scott, en cambio, es el proceso por el cual la subjetividad de los seres sociales es construida. El diario vivir en el mundo de las cosas transcurre en medio de la continua lucha por hacer que la vida humana valga la pena ser vivida. La lucha por el ser de las minadoras, como de muchas trabajadoras y trabajadores alrededor del planeta, se desarrolla en un entorno económico, social y cultural cada vez más inhóspito, en el que la moderna promesa de que el trabajo garantizaría una vida digna queda lejana, ajena a una cotidianidad marcada por la precariedad.

MUJERES MINADORAS

El apareamiento de las primeras minadoras de la ciudad se detalla alrededor de años cuarenta del siglo XX cuando el Municipio empezó a rellenar las quebradas con basura, entonces, sobre todo mujeres pobres acudían a rescatar de los desechos objetos con algún tipo de valor de cambio o de uso (Almeida (2013).

El primer botadero de la ciudad, según Almeida, se rastrea a la altura del río Machángara, luego de completado el relleno, el botadero se trasladó al sector del Cumandá. Posteriormente se convirtieron en botaderos las quebradas de la Villaflora, al sur de la urbe, La Isla, en el barrio Las Casas, las quebradas de Los Chochos y el Inca al norte de la ciudad. Al iniciar la década de los noventa del siglo pasado, la administración municipal dispuso el “cierre técnico” de todos los botaderos y escombreras de Quito y decide iniciar el relleno de la quebrada de Porotohuaico, ubicada cerca de la parroquia de Zámbriza (Almeida 2013, p. 7–8).

Al cerrarse los otros botaderos de Quito, muchas minadoras pasaron a realizar sus actividades en el único lugar permitido para el minado: el botadero de Zámbriza como se lo conocía popularmente. Las minadoras entrevistadas recuerdan vívidamente su paso por ese botadero. Muchas trabajaron allí durante años, antes de que en el año 2003, el botadero de Zámbriza se convirtiera en la actual “Estación de Transferencia Norte” a donde llegan todos los desperdicios del norte de la ciudad para ser transportados luego al relleno sanitario de El Inga ubicado en uno de los valles aledaños a la ciudad. Recuerdan la quebrada de Zámbriza, a donde acudían los fines de semana, como un lugar enorme y peligroso, pues los deslizamientos de tierra y basura eran muy comunes, en sus relatos recuerdan cómo la gente simplemente desaparecía en los escombros, incluso una vez observaron como un inmenso camión que solía comprar plásticos fue sepultado, llevándose consigo la vida de cinco minadores.

En los alrededores de la parte superior de la quebrada se disponían “los puestos”. Las minadoras separaban para sí, un espacio de aproximadamente 10 metros cuadrados que era cercado con tablas de madera y en el que cada una almacenaba los materiales que acumulaban durante la semana para luego, generalmente los días viernes, venderlos a los intermediarios una vez clasificados. Las minadoras, entonces, bajaban a la capa que estaba rellenándose en ese momento, y subían para dejar el material recolectado en sus respectivos puestos.

Dormían en el puesto, pues su trabajo en la noche no les permitía regresar a la casa. Las minadoras, se las arreglaban para hacer su estadía en el botadero de Zámbriza más amigable:

Las minadoras/es en el horario de la noche, amenizaban sus escasas horas de ocio con partidos de fútbol. Se las arreglaban para iluminar la improvisada cancha envuelta en tinieblas, con hogueras estratégicamente localizadas, hechas con pilas de llantas encendidas. Así, se hacían de un tiempo que les permitía compartir con las demás compañeras/os de trabajo, generando un ambiente social amable.

El botadero, sin embargo, era un lugar inhóspito. Junto a las minadoras, hurgaban en la basura perros, cerdos, vacas, pero lo que más había, era ratas. En los días lluviosos el lodo mezclado con desechos, les llegaba hasta las rodillas. “La vida era dura en el botadero” pues tenían que vivir entre basura, entre malos sitios y malos entornos:

Ahí nos encontrábamos un pollo y ahí mismo nos comíamos, en la noche más que todo, yo como era del turno de la noche, ahí mismo prendíamos candela y ahí mismo nos comíamos, nos comíamos pollos o salchichas de lo que venían en los recolectores, (de basura) o si no, de lo que vendía la señora Carmen, nosotros comprábamos las salchichas, prendíamos candela, nos hacíamos arroz y come. Ahí si comíamos abajo, porque cocinábamos. Es que la vida de abajo si era dura, dura, dura (entrevista, abril 2019)

Uno de los recuerdos del botadero de Zámbriza más impactantes es el penetrante olor del lodo y basura con el que convivían:

La gente nos veía y sabía decirnos: ‘ya vienen los hediondos’, porque verá, en una parte, tenían razón, porque la basura botaba un, un, como le dicen un lexiviado, un agua y ese líquido, como no teníamos nada debajo, esa agua se concentraba ya y olía demás, demás, demás, demás olía, entonces cuando nosotros salíamos, digamos el vienes, póngase de aquí, por no salir así recto por la calle, a veces se pisaba con las zapatillas el lodo y ese olor es tenaz. Una vez a mi compadre cuando estábamos tomando, se le había hecho el talón del pantalón, ni los taxis no nos querían llevar, es que bueno olía demás. Entonces nosotros qué hicimos, cogimos el pantalón, botamos y le compramos un calentador para poder andar con él, es que olía demás (entrevista, abril 2019)

La recompensa por el esforzado trabajo en el minado y cargando para intermediarios bultos de material, era una remuneración semanal que oscilaba entre los 270 y 300 dólares, suficientes para

mantener a sus familias:

No teníamos nada y es en esta época. Por ejemplo, cuando yo me pasé a vivir en la casa que vivo ahorita, créame que teníamos una cama que me regaló mi mamá y un colchón, solo teníamos un cuarto lleno con mis cuatro hijos, los tres cuartos eran vacíos, la sala era vacía la cocina era vacía. Ahí me compré, me compré primero los muebles, me compré asimismo la cocina, me compré la refri, me compré tres televisiones, compré camas para mis hijos, colchones, en esta época (entrevista, abril 2019)

La actividad del minado por fuera de los botaderos se convirtió en un fenómeno que ocurrió marcadamente cuando el último botadero a cielo abierto se cerró y se transformó en la Estación de Transferencia Norte donde se intentó regularizar a las minadoras organizándolas en una asociación, que es el requisito básico para trabajar en la estación. Sin embargo, muchas minadoras decidieron no entrar en la asociación y minar en las calles. La principal razón, según los testimonios, sería que en la asociación se controla la venta del material, es decir, las minadoras no pueden vender el material a cualquier intermediario como antes, sino que es la asociación la que se encarga de la negociación. Las minadoras entregan a la asociación los materiales y reciben su remuneración de acuerdo al peso alcanzado. Además, tampoco les es permitido sacar de la estación el “chiche” o material metálico, que antes podían vender afuera. Al parecer, lo que influyó en la salida de las minadoras de Zámbriza fue, fundamentalmente, la desconfianza producida por la nueva organización del trabajo, bajo la figura de una asociación, que les quitaba autonomía para la venta de sus materiales.

Muchas de las minadoras de Zámbriza salieron a trabajar en las calles, cuando la Estación de Transferencia Norte inició sus actividades a inicios de este siglo. Esto no quiere decir que, anteriormente, no hayan existido minadoras trabajando ya “a pie de vereda”, pues muchas de ellas/ellos, se iniciaron como minadoras en las calles. Sin embargo, de acuerdo a los datos del último censo realizado por la Fundación PANEL y revelado por el Municipio de Quito, se puede notar que en los últimos años se ha incorporado un importante número de población a la actividad del minado, sobre todo, en las calles. En la ciudad de Quito existen 3.472 personas dedicadas a la “recolección y reciclaje de residuos a menor escala”. El universo con el que se trabajó en el censo fue, sin embargo, de 2.264 personas. La nomenclatura utilizada por los autores del censo se refiere a

personas que realizan varias actividades: recolección, transporte, recepción y almacenamiento de los materiales reciclables. Del universo trabajado 2.171 personas se dedican a la “recolección”, es decir, esta es la cantidad de “minadoras” que para el año 2014 fueron registradas en la ciudad, aunque es importante anotar que muchas de ellas/ellos realizan actividades combinadas, por lo que extraen los materiales, pero pueden también transportarlos y almacenarlos. Aproximadamente el 45% de esa población se había incorporado a esta actividad en apenas los últimos cinco años con respecto al año 2014, mientras que aproximadamente el 54% habría tenido más de seis años como “gestor ambiental de menor escala” según la nomenclatura utilizada en el censo para nombrar a las minadoras.

Existen otros datos que pueden darnos luces acerca de quiénes son las minadoras. Del universo trabajado el 68,95% de la población son mujeres. En cuanto a la edad, el 66,48% de la población está en un rango de edad de entre los 18 y los 55 años. Los datos acerca del nivel de educación indican que el 23,45% de estas personas no ha recibido ningún tipo de instrucción, mientras el 56,32% tienen nivel de primaria y tan solo el 17,76% llega a tener educación secundaria. El trabajo del 67,1% de las minadoras, involucra a otros familiares. Otro dato importante es el nivel de ingresos, el censo registra que el 36,27% de la población tiene un ingreso mensual menor a 100 dólares; el 26,94% tienen ingresos de entre 100 y 199 dólares mensuales; el 21,59% tiene ingresos de entre 200 y 400 dólares; el 10,25% recibe entre 400 y 1000 dólares (Rivadencira, 2020).

Una de las ventajas más atrayentes de la actividad es que las minadoras no tienen que responder a un horario fijo de trabajo. Pueden salir a minar con relativa autonomía de tiempo, prácticamente todos los días, teniendo que observar claro está, los horarios y los días en los que los hogares o los negocios sacan su basura a las calles. Deben observar también los días y horarios en los que sus materiales pueden ser receptados en los depósitos y empresas que se los compran, sobre todo si no cuentan con un lugar en sus hogares, donde almacenarlos. Sin embargo, ellas, pueden decidir si un día salen o no a minar o en qué barrio de la ciudad pueden hacerlo tal o cual día.

Para las mujeres, especialmente, esta es una ventaja muy importante, pues les permite combinar el trabajo remunerado, con el de cuidado de sus hijas/os y su familia, en un entorno social y económico que no les permite simplemente dejar

percibir una remuneración para dedicarse al trabajo no remunerado. Así, el rostro de las minadoras de Quito se va dibujando: es un rostro femenino, de edad adulta, de bajos ingresos, con bajos niveles de educación formal, que involucra a familiares en la actividad, pero con muy poca capacidad de organización social.

DISCUSIÓN: CAPITALISMO DE LA BASURA Y LOS PROBLEMAS DE SALUD

Los nuevos modelos de acumulación del capital que han apostado por sobrellevar las cíclicas crisis del sistema mediante un retorno a la explotación desregulada del trabajo como la fórmula para garantizar la renta, han provocado el recrudecimiento de desigualdades que afectan a los tradicionales sujetos del trabajo.

Las mujeres atrapadas en una explotación desbordada y muchas veces invisibilizada de su trabajo en el ámbito productivo y reproductivo. Desiguales por naturaleza que habitan las periferias geográficas y simbólicas y que se constituyen en la mano de obra barata que necesita el capital, así, el género, la raza y la clase se convierten en los ejes sobre los que se despliegan las formas contemporáneas de explotación que generan los violentos entornos en medio de los que los sujetos del trabajo construyen y justifican su habitar en el mundo (Antunes, 2013; Shambers, 2008).

El capitalismo globalizado hace que en las regiones y países de capitalismo central reaparezca el fenómeno de la precariedad entre los trabajadores, generado, ya ni siquiera ejércitos de reserva, sino “supernumerarios”, trabajadores dispensables, que por tales no tienen un lugar estable en la estructura social, haciendo que muchos se autogeneren trabajo en iniciativas de baja productividad dentro de una lógica de semiproletarización y que otros acepten trabajo en relaciones de dependencia aunque sea en condiciones precarias. En América Latina la categoría con la que se ha relacionado la precariedad de los trabajadores ha sido la de “masa marginal” enfatizando la incapacidad del sistema, antes como ahora, de absorber la mano de obra generada por el propio sistema. Las condiciones precarias para la reproducción de la vida se constituyen en parte del entorno en el que trabajadoras como las minadoras experimentan su ser, le dan significado a sus vidas y justifican su modo de estar en el mundo.

El último estudio de la CEPAL pone en evidencia lo problemático de la desigualdad en América Latina durante las últimas décadas del siglo XX

y las primeras del XXI, anota que en esta última década varios gobiernos conservadores de la región han retomado esa senda del siglo pasado tratando de debilitar, dentro de una perspectiva neoliberal, las responsabilidades del Estado al que lo presentan como ineficiente y corrupto frente a lo privado. El Ecuador, en estos dos últimos años, ha ingresado a la ruta impuesta por el Fondo Monetario Internacional (FMI), convirtiéndole en su principal organismo crediticio. A cambio del dinero, el país debe realizar profundos ajustes económicos de corte neoliberal, reducir el tamaño del Estado y su rol de control asumiendo el discurso del excesivo gasto público, inclusive en el sector social como son la salud, educación y protección social.

La CEPAL, en contradicción a las recetas del FMI considera fundamental que los Estados en Latinoamérica fortalezcan “sus capacidades estatales, el sistema tributario directo y las políticas sociales”, cuestionando los nefastos resultados provocados en la región por la implementación de propuestas neoliberales que proponen el libre mercado y la disminución del Estado, que curiosamente Ecuador se ha empeñado en implementar a pesar de los resultados negativos de estas medidas en otros países de la región como fue el caso de Argentina. CEPAL (2019) mostró que la pobreza en la región aumentó entre 2014 y 2018. Debido a los efectos directos e indirectos de la pandemia, es muy probable que las actuales tasas de pobreza extrema (11,0%) y pobreza (30,3%) aumenten aún más en el corto plazo (Trujillo, 2020).

La epidemia del cólera de ayer y la pandemia de hoy vuelven a demostrar la necesidad de contar con recursos suficientes para atender la salud pública tal como promueve la Constitución de la República del 2008. La responsabilidad del Estado, es proteger a sus ciudadanos y cuidar su bienestar, realizando una planificación adecuada que permita una sostenida inversión en obra pública, en el caso que analizamos sanitaria, es decir hospitales, centros de salud y puestos de salud comunitarios, provistos del equipamiento, tecnología, personal especializado y medicinas que debería fortalecerse en conjunto con adecuada inversión en investigación científica en junto a universidades públicas y privadas. Es por lo tanto, una prioridad de todas las instituciones del Estado (nacional, regional y local) la salud de la población, su prevención, cuidado y tratamiento.

Las decisiones sobre política y priorización económica de los gobiernos ponen en duda la fortaleza del sistema de salud en sus posibilidades de

enfrentar esta pandemia con éxito. Bajo la bandera de la austeridad los gobiernos de turno entran en contradicciones con la Constitución en los ámbitos estratégicos por excelencia y más sensibles para el desarrollo de los pueblos: la salud y la educación, demostrando la línea política que privilegia a sectores vinculados a la banca a las grandes empresas, es decir al capital sobre la salud, bienestar y vida de los ciudadanos.

Así pues, no es suficiente el empoderamiento simbólico de las minadoras entusiastamente llevado adelante por el Estado, organismos multilaterales y ONGs que las construyen como agentes económicos (emprendedoras) o ambientales (cuidadoras del ambiente). Para proteger la integridad de las minadoras es necesario políticas que ataquen la precariedad en la que realizan su trabajo, una precariedad que las pone en alto riesgo frente a emergencias sanitarias como la experimentada con la COVID 19.

REFERENCIAS

1. Almeida, J (2013). *De capariche a gestora artesanal: Desde el botadero de basura, al relleno sanitario, cambios que han sufrido los minadores en la ciudad de Quito los últimos 20 años*. Tesis, Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
2. Álvarez, R (2011). *El derecho a la recuperación de basura desde una perspectiva crítica*. En Schamber y Suárez.
3. Antunes, R (2013). *The meanings of work: Essay on the affirmation and negation of work*. Second edition. Historical materialism book series [43]. Chicago, IL: Haymarket Books.
4. Brandling-Bennett, D. Eibel, M & Américo Miglioni (1994) El cólera en las Américas en 1991. OPS: Washington D.C.
5. Calafate, F (2013). *Countercycling: An Ethnographic Study of Waste, Recycling, and Waste-Pickers in Curitiba, Brazil*. Tesis doctoral, University of London.
6. Douglas, M (1973). *Pureza y Peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
7. Frow, J (2003). "Invidious Distinction: Waste, Difference, and Classy Stuff". En *Culture and Waste The Creation and Destruction of Value*, editado por Hawkins y Muecke. Oxford: ROWMAN & LITTLEFIELD PUBLISHERS, INC.
8. FUNDACIÓN DE CAPACITACIÓN Y DESARROLLO INTEGRAL (2014). *Censo a gestores ambientales de menor escala en la ciudad de Quito*. PANEL, Quito.
9. Jackson, M (2005). *Existential anthropology: Events, exigencies, and effects*. New York: Berghahn.
10. Kingman, E (2006). *La ciudad y los otros, Quito 1860 - 1940: Higienismo, ornato y policía*. 1. ed. Serie Atrio. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
11. Rivadeneira, C (2020). *Con las manos en la basura*. Tesis Doctoral. FLACSO-Ecuador
12. Merrill, S. (2009) *Introducing Syndemics: A Critical Systems Approach to Public and Community Health* Wiley p. 304.
13. Schamber, P (2008). *De los Desechos a las Mercancías: Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: Editorial SB.
14. Scott, J (1985). *Weapons of the weak: Everyday forms of peasant resistance*. New Haven: Yale University Press.
15. Merrill, S. (2009) *Introducing Syndemics: A Critical Systems Approach to Public and Community Health*
16. MUNICIPIO DE QUITO (2010). "Quebradas." Secretaría del Ambiente Distrito Metropolitano de Quito www.QUITO.ambientegob.ec/ambiente/index.php/patrimonio-natural/quebradas.
17. Thompson, M (2017). *Rubbish Theory: The Creation and Destruction of Value*. Londres: Pluto Press.
18. Trujillo, P (1998) Las concepciones del cólera como enfermedad nueva: ¿cómo se enfrentó a la enfermedad desde las comunidades andinas. Estudio de caso en la provincia de Imbabura. Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología. Pontificia Universidad Católica del Ecuador-Abya Yala, 403-420
19. Trujillo, P (2020) "Guayaquil y el COVID-19: relato de la enfermedad, el estigma y la desigualdad social", *Aurora*, 5 (2020), 49-53.